

# Intestino perezoso

Alfredo Núñez Lanz



LLEVABA MÁS DE TRES SEMANAS tomando antibióticos y la tos no se iba. Me dolía la cabeza en cada espasmo y mi nariz escurría una cantidad imposible de fluidos. Ya había consumido tres frascos de jarabes diferentes, hacía gargarismos, tragaba dosis cada vez más altas de vitamina C y me untaba una pomada caliente todas las noches sin buenos resultados. Entonces una prima cercana me recomendó ver al iridólogo.

—Es muy bueno —me dijo—. Estuvo en la cárcel por vender recetas de morfina y otras cosas, pero ahora se dedica a la medicina naturista.

No le pedí más explicaciones. Tomé la tarjeta de presentación, le agradecí el

gesto y dos días después le llamé para pedir una cita.

Una señorita que hablaba con mucha distinción me dijo que el doctor solamente daba consultas los lunes y viernes de 3 a 8 y los sábados de 9 a 3. Me quejé de los horarios, porque entre semana salgo de trabajar tarde, como cualquier persona, y los sábados descanso. Ella me explicó que el doctor Morales era un hombre ocupado y tenía otros negocios. Al final, pedí mi cita el sábado temprano. La verdad, no me gusta ver doctores, ya no hay buenos médicos, de esos con convicción.

Los días pasaron y mis molestias iban en aumento. Ahora tenía un zumbido en el oído izquierdo y el derecho se me tapaba como si estuviera en una montaña alta. Tenía que masticar un chicle para que algo explotara y volviera a escuchar. También

antes y después del Hubble

sentía que cuando me acostaba, me salía un ruidito del pecho, algo así como el sonido de un globo que se desinfla poco a poco. Los ojos me lloraban de repente. Ya estaba harto de esas lágrimas molestas: salían en los peores momentos, casi siempre cuando me tocaba hablar en alguna junta.

Lo curioso era que no había contagiado a nadie. Al menos ningún empleado del piso 12 —donde estaba la agencia— presentaba molestias. Tampoco había faltado nadie de mi equipo. Al principio, Rebeca, la secretaria, tomó muchas precauciones. Limpiaba con un pedazo de algodón remojado en alcohol los teclados, las pantallas, los teléfonos y las cosas que compartíamos. Después, se le olvidó. O quizá se dio cuenta de que el único afectado seguía siendo yo.

Por fin llegó el día de mi esperada consulta. Tuve que levantarme muy temprano, pero fui el primero en llegar. El consultorio estaba en el segundo nivel de un edificio viejo; le calculé más de sesenta años. Esperé solamente unos cinco minutos en aquella salita y la mujer que me había atendido por teléfono me condujo por un pequeño pasillo.

—Por favor, quítese los zapatos y los calcetines. Colóquelos en esta canasta —me indicó muy formal. Tardé en reaccionar, creía que aquel médico me vería sólo los ojos, al menos eso era lo poco que sabía. Obedecí y pasé a la amplia oficina del doctor Morales. Se encontraba sentado del otro lado de un escritorio antiguo y perfectamente barnizado. Llevaba unos pantalones de vestir muy bien planchados, una bata pulcra y me fijé que también estaba descalzo. El consultorio estaba decorado con ilustraciones del cuerpo humano y caracteres chinos. También había un gran espejo octagonal con un símbolo grabado en el centro.

—Mucho gusto en conocerlo. Dígame, en qué puedo servirle —me dijo luego de estrecharme la mano. Su saludo era muy fuerte y aquello me dio confianza. Le conté todos los males que me aquejaban, las medicinas que tomaba frecuentemente, sin omitir ningún detalle. También le conté que sospechaba que tenía una alergia muy fuerte a alguna espora en el ambiente. Aquella era la teoría más lógica después de tanto tiempo enfermo. Él



solamente escuchaba y se tocaba el mentón de donde le crecía una barba bien cortada y canosa. Cuando terminé de hablar, me pidió que me quitara la camisa y me recostara en una cama de masaje a mi lado derecho forrada con una sábana muy limpia. Debí poner cara de extrañeza, puesto que rápidamente me explicó:

—Antes de mirar su iris debo alinear su espalda, señor. De lo contrario, las manchas no serán claras. Usted sólo relájese, verá que el masaje le resultará muy liberador. Tal vez consiga que usted crezca unos cuantos centímetros.

Entonces lo obedecí. Me acosté boca abajo en la cama y puse mi cabeza sobre esa especie de almohada especial con un hueco en la cara. El doctor Morales puso música relajante y se untó aceite en las manos. Me llegó un aroma delicioso justo cuando comenzó. Sus manos recorrían mi espalda con fuerza y parecían saber exactamente a dónde dirigirse. Repentinamente, un escalofrío me recorrió el cuerpo y comencé a ver puntitos luminosos de colores.

—Seguramente está viendo algunas luces, señor. Esto es completamente normal, por favor no se asuste y continúe relajado.

Me impresionó su comentario, pero ya para entonces comenzaba a calmarme como nunca. Mi respiración se hizo pausada y tomó un ritmo suave. Entonces, sentí una fuerte presión en un solo punto de mi espalda, cerca del cuello. Este dolor era infringido por su dedo pulgar e inmediatamente, mi pie derecho comenzó a temblar.

—Todo el cuerpo está conectado. Ahora comenzaré a estudiar sus meridianos.

Entonces, presionó el dedo meñique de mi pie derecho y el movimiento terminó. Inmediatamente después presionó exactamente en el arco de mi pie izquierdo con tanta fuerza que lancé un quejido. Un impulso eléctrico viajó hasta mi mano derecha y comencé a sentir un hormigueo extraño. Así siguió tocando puntos que se conectaban hasta que presionó otra vez

en mi espalda; esta vez cerca de la cintura y sucedió: liberé un tremendo gas que venía constriñendo desde mi llegada al consultorio.

—Es perfectamente normal. De hecho, necesitaba que lo arrojara, señor.

Entonces me dejó por unos segundos y regó con aerosol un perfume con olor a lavanda. Sentí las gotas microscópicas en mi espalda conforme iban cayendo, quizás atrapando las partículas de mi gas. Luego, volvió a tocar el mismo punto, pero del otro lado de la espalda y sucedió de nuevo. Esta vez fue más largo y ruidoso.

—Recuerde que es normal. Libérese.

Esta vez, la sangre se me subió a la cabeza por la vergüenza.

—No se incomode, por favor.

—Pero, ¿cómo sabe que estoy incómodo?

—Su cuerpo me está diciendo todo sobre usted.

Entonces, guardé silencio. El doctor continuó masajeando mi espalda.

—Le voy a recomendar algo para su digestión.

Me pidió que respirara hondo mientras visualizaba una energía roja entrando por mis pulmones. Así lo hice tres veces tal y como lo indicó. Un instante después, llegó una onda de calor. Me había relajado mucho, entonces empecé a sentir que la sangre ahora viajaba a mi centro sin remedio y empezó a crecer.

—¿Es usted casado?

—No.

—Lo imaginé. También puedo recomendarle un buen turgurio para que libere todo eso que guarda. Terminé con su espalda, ahora dese la vuelta, por favor. Y no lo olvide: también soy hombre, que no le dé vergüenza.

Con todo y sus palabras, aquel bulto en mis pantalones me hacía sentir muy incómodo. Estaba muy rígido y no podía explicarme las razones de todo aquello. Estaba confundido y me llegaba la imagen de mi prima visitando cada tanto a aquel médico que lo sabía todo. Una vez boca arriba, volvió a untarse las manos

con aceite oloroso y empezó a masajearme el tórax. Primero se enfocó en mi vientre y luego fue subiendo, impetuoso, hasta mi pecho. Cuando terminó, me pidió que me sentara lentamente sobre la camilla y trajo una lámpara muy potente que me deslumbró.

Entonces, con otra lamparita de mano me echó más luz pidiéndome que tratara de no parpadear.

—¿Tiene usted frío?

—No, doctor, esa luz es muy cálida.

—Me refería a un frío permanente, crónico.

—Pues ahora que lo menciona, puede ser que sí.

—¿Se erectan sus pezones con facilidad?

—¿Disculpe?

Entonces sentí sus dedos sobre mi pecho, verificando lo que me había preguntado. Un escalofrío me hizo temblar.

—Tal y como lo pensé. Es usted propenso a los aires.

—¿Cómo?

—Malos aires, como a los niños pequeños. Su cuerpo no maduró. Ahora trae un aire metido muy adentro en el pecho, pero no se preocupe, porque ahora mismo se lo vamos a sacar —dijo sonriendo, contento y seguro de sus palabras.

—También, según veo, debe tratarse la vesícula. La trae muy inflamada. Pero eso no es lo más preocupante.

—¿Y qué es? ¿Qué más tengo? —Pregunté nervioso.

—Mire, la vesícula no sirve de mucho, puede usted vivir si se la quitan. Le puedo recomendar un té para desmoronar esas piedritas que tiene allí junto con una tintura muy buena. Es su intestino el que no trabaja muy bien.

—¿Cómo es eso?

Entonces él se acercó más a mí, donde casi podía tragarme su respiración y me indicó que no cerrara los ojos, argumentando que el parpadeo lo distraía. Soltó una pequeña risita y dijo:

—Veo en su iris que tiene un intestino perezoso. Trabaja más lento que los demás. Puede ser el estrés de una vida muy agitada o que así haya nacido. ¿Tiene usted un trabajo muy demandante?

—Pues como todo el mundo.

—Debí imaginarlo. Bueno, procedamos con su mal aire.

Me dejó allí con la lámpara prendida y se dirigió cantando con voz muy baja hacia una cajonera también de madera antigua de donde sacó unos frascos de plástico con etiquetas. Yo quería irme de allí, pero algo me decía que debía dejar a ese hombre hacer su trabajo. Me calmó el recuerdo de lo que cobraba por sus honorarios. Era muy poco, algo simbólico, así que me dejé llevar por la curiosidad. Me distraje unos momentos con los aparatos e instrumentos extraños que había en el lugar, todos sin un rastro de polvo. Al final, vi que cerca de donde nos encontrábamos había un recorte de periódico enmarcado que decía “Curó a 60 en la cárcel y ahora va por más”. Su fotografía aparecía pequeña en el lado inferior de la nota. Sentí un líquido caliente y un olor a menta en la cabeza. El doctor Morales susurraba unas cosas inaudibles a mis espaldas, como si estuviera rezando. Traía una veladora prendida y la había puesto a mi lado derecho. Entonces la cama de masajes donde estaba sentado empezó a temblar. Los rezos se hicieron audibles, pero inconexos. No entendía lo que estaba pasando, el corazón me latía fuerte. De pronto, empecé a toser y Morales comenzó a aplaudir a mis espaldas. Sentí que me faltaba el aire con cada estertor.

—Siga tosiendo, no se detenga, es normal.

No pude responderle. Algo me iba subiendo por la garganta y me ahogaba. Los ojos los tenía llorosos y empecé a temer que muriera en ese lugar asfixiado por las flemas. Morales continuaba aplaudiendo al ritmo de mi tos. Al fin, cuando casi no jalaba aire, lo expulsé. Morales tenía preparado un recipiente para que allí cayera. Mi tos terminó.

—Mire nada más el gusano que le salió.

Allí estaba, era una cosa color verde con motas amarillas. Parecía un largo y viscoso gusano. Rápidamente, Morales se llevó el recipiente y colocó aquello en un matraz. Tomó uno de los tubos de ensayo que había insertados en una larga gradilla y vertió líquido sobre ese gargajo gigante. Luego, me ofreció un

vaso con el agua que había sacado de un garrafón con una etiqueta que decía “No tomar, es medicamento”. Sabía normal, aunque después de tomarla toda, una sensación amarga se me quedó en la boca.

—Ya puede vestirse —sopló la veladora para apagar la llama e inmediatamente después desconectó la lámpara—. Con este gusanito le prepararé una vacuna. A partir del próximo sábado puede venir a recogerla.

Mientras decía eso, mis fosas nasales se abrieron, algo me explotó en el oído derecho y comencé a escuchar. Incrédulo, jalé el aire solamente con la nariz, como ya había olvidado que se respiraba. El aire entró puro y de golpe.

—Ya estoy curado. No puedo creerlo. Es usted increíble, doctor Morales —atiné a decirle mientras me abotonaba la camisa.

Morales me entregó, sonriendo tranquilamente, una hoja con una serie de alimentos que debía evitar a toda costa porque, según él, mi intestino no los procesaba bien. Anotó también el nombre de una tintura y la dirección de un burdel que ya antes me habían recomendado. Me recordó pasar por la supuesta vacuna que tendría lista en una semana y me regaló unos polvos para activar mi digestión. Salí muy contento habiéndole dado las gracias cientos de veces. La señorita me cobró en la sala de espera y me comentó muy solemne: “Puede dejar un donativo extra en este sobre”. Puse allí todo el dinero que llevaba y me fui respirando por la nariz a mi casa. El lunes me fui a trabajar con una camisa de manga corta y todos en la oficina me aplaudieron por haberme aliviado. Rebeca me confesó que le desesperaba mi tono de voz mormado. A todos les recomendé que visitaran al iridólogo y repartí su dirección contento de propagar su fama.

Una semana después volví como se me indicó para recoger la vacuna. La señorita de siempre me entregó un frasco con un gotero y me dijo que debía tomarme tres gotas antes del desayuno todos los días hasta terminar la preparación. Luego, me dijo que Morales ya no atendería más y que cerraba definitivamente su consultorio. Extrañado y muy decepcionado, le pregunté las razones y ella me respondió:

—El doctor está detenido. Murió uno de sus pacientes. **▲▲**

